

más se observa el más leve disgusto. No tienen que esconderse el uno del otro para visitar á los enfermos ó socorrer á los indigentes. Sus limosnas se practican sin discusión ni ruindad, sus sacrificios se hacen sin desabrimiento, sus prácticas piadosas no conocen traba de ningún género. Allí no hay que santiguarse furtivamente, ni que entregarse con timidez á piadosos transportes, ni que dar en silencio gracias al Señor. Ambos esposos cantan á porfía salmos y cánticos, y si en algo hay rivalidad entre los dos, es sólo para ver cuál entonará mejor y con más fuego las alabanzas de su Señor." (*Ad Uxorem, lib. II*).

El día de las bodas es siempre día de imperecederos recuerdos. Quiera el cielo que todos los vuestros sean gratos, y que entre ellos figuren en primera línea las palabras que os he dirigido, y que os encarezco precisamente porque no son más, sino de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres.



ALOCUCIÓN

PARA OTRO MATRIMONIO.



BREVES palabras voy á dirigiros, antes de daros la bendición que, si me es lícito servirme de la frase de un filósofo pagano, os va á hacer inmortales. Platón, á quien los siglos han dado, no sin justicia, el sobrenombre de divino, fué quien al hablar del matrimonio usó de esta atrevida expresión: ¿Entrevió, por ventura, la dignidad á que iba á ser sublimada esta institución, entonces meramente humana, ó al hablar de la inmortalidad que confiere entendió tan sólo esa perpetuidad del nombre y de la raza, que era su principal objeto? Sea como fuere, si aplicamos su dicho al matrimonio cristiano, hallaremos que dijo una verdad sublime al atribuirle una especie de inmortalidad, y al afirmar que por él y en él una generación va entregando á la generación que se le sigue, y ésta á la que viene tras ella, una lámpara inextinguible, cuya flama arrojará perpetuamente vivísimos resplandores.

Esta lámpara, que por dicha tenéis encendida, es la antorcha de la fe, que uno y otro habéis recibido de vuestros padres y que deberéis entregar á vuestros hijos, sin que en vuestras manos ni en las suyas se amengüe su luz. El haber venido á uniros para siempre, al pie de la imagen que simboliza la fe de nuestros mayores, me indica que conocéis todo su valor, y que comprendéis vuestros altísimos deberes. Sublimado el matrimonio á la dignidad de sacramento, no es ya su fin primero el dar á la familia, ó á la tribu, ó á la nación hijos que lleven dignamente su nombre, ó acrecienten su esplendor y riquezas, ó aumenten su poder y valimiento. Su fin principal es dar á la República Cristiana fieles servidores, que no permitan que el enemigo de las almas haga estragos en el redil de Cristo; que adoren á Dios y den gloria á su nombre. Su objeto no es llenar la tierra de pobladores, sino henchir el cielo de habitantes, que por toda una eternidad entonen felices las alabanzas del Dios tres veces santo, realizando así el sueño de inmortalidad que entrevió el pagano cuyas palabras no he desdeñado tomar casi por texto.

Persuadidos, como estáis, de estas verdades, abrigo la esperanza de que algún día puedan hacerse de la esposa á quien vamos á imponer el velo nupcial, los elogios que de su bendita madre hacía el insigne San Gregorio de Nazianzo. El ánimo se deleita al leer la oración que sobre su tumba pronunció ese hijo tan amante como piadoso, tan sencillo como sabio. Nos sentimos sobrecogidos de admiración hacia una matrona, que despreciaba la belleza corporal y las gracias, ya naturales, ya adquiridas, en que otras se glorían, para estimar tan sólo aque-

lla hermosura del alma que consiste en la imagen de la Divinidad en ella estampada. Aunque de elevada posición y distinguida cuna; hacía estribar la verdadera nobleza en una piedad sólida y sincera, y en una virtud invulnerable. Cifraba su dicha en distribuir sus riquezas, socorriendo á cuantos llamaban á su puerta, y en especial á aquellos consanguíneos, que no por su propia culpa ni por vicios indignos, sino por los azares de la suerte, habían caído de su antiguo esplendor.

Hay mujeres que brillan por su economía y laboriosidad, que les hace acrecentar su fortuna; otras descuelan por una piedad á toda prueba y una devoción admirable: difícil es en extremo que ambas cualidades en una sola se junten; pero aquella bienaventurada mujer, en una y otra superó á todas las de su sexo, adunando en sí sola ambas excelencias, y llevando cada una hasta el grado más alto de perfección. Á semejanza de la mujer fuerte de que nos habla Salomón, era tal su constancia en las faenas domésticas, tal su habilidad en los negocios, que parecía que ni un momento le quedaría libre para los ejercicios de piedad. Pero muy lejos de ello, con tal ardor se entregaba á las prácticas piadosas; tan continua era su oración, tan severa su penitencia, que un observador superficial la habría considerado incapaz de gobernar una casa, ni de acrecentar la hacienda de su esposo. ¡Grandemente habría errado quien así la juzgara! No sólo no se estorbaban una á otra cualidades y ocupaciones á primera vista tan opuestas, sino que se ayudaban mutuamente, y la una estribaba y se sostenía en la otra.

¿Qué Basílica, qué Iglesia, qué oratorio no la vió arrodillada en su sagrado recinto? ¿Qué hora del día ó de la

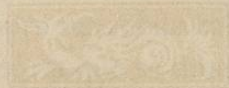
noche no la oyó prorrumpir en férvidas plegarias? ¿Quién como ella veneró á los ministros del Altísimo y honró el saber, y la ciencia, y la virtud ajena? ¿Quién más que ella maceró su carne con voluntarias penitencias? ¿Quién cantó de día y de noche las alabanzas del Señor con mayor constancia que esa piadosa mujer, que parecía columna robusta, que ni el huracán de las pasiones, ni el terremoto de la envidia podía conmover? ¿Quién más que ella admiró y honró la virginidad, á pesar de hallarse ligada con los vínculos del matrimonio? ¿Quién más que ella fué la providencia de los huérfanos y de las viudas? ¿Qué mujer enjugó con tanto amor como ella las lágrimas de los necesitados?

Bienaventurada la esposa á quien puedan dirigirse los encomios que con frases casi idénticas á las que acabo de pronunciar, hacía el Nazianzeno de su madre Santa Nona. Dentro de pocos momentos proferiré las palabras con que la Iglesia bendice á toda esposa, augurándole que vea los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. Esto no basta á mi amistad. Deseo á la que hoy bendigo una prole santa y virtuosa, y que entre ella sobresalga algún insigne varón que sobre su tumba lejana recite, sin faltar á la verdad en lo más mínimo, un panegírico semejante al que he citado en esta solemne ocasión.



ALOCUCIÓN

PARA UN MATRIMONIO CELEBRADO EL DÍA DE LOS DESPOSORIOS DE
MARÍA SANTÍSIMA, EN LA CAPILLA DE UN CONVENTO
DE RELIGIOSAS.





ALOCUCIÓN



QUÉ ceremonia insólita vamos á celebrar en este Santuario? ¿Por qué han penetrado profanos hasta el fondo de este recinto, en que sólo se contemplan habitualmente vírgenes del Señor y candidas niñas que se educan á la sombra del claustro? ¿Por qué á los acostumbrados ecos del *Veni Sponsa Christi* se han sustituido otros cantos que nunca han resonado en estos muros? ¿Dónde está el negro velo y la tosca saya, dónde el crucifijo por que ha de trocar la doncella que miro arrodillada al pie del altar, los mundanos atavíos que la cubren? ¿Dónde están las tijeras que han de cortar para siempre sus rubios cabellos? ¿Por qué en vez de esa santa alegría que se dibuja en todos los semblantes cuando va á recibirse á una nueva compañera, descubro la tristeza que indica una dura separación?

¡Ah! No extrañéis este aparato ni os figuréis que es raro, aun en el guardado recinto de un monasterio, el espectáculo que vais á presenciar. Al ver ataviada con las galas de esposa á la cándida niña que ha crecido á vuestro lado, ligada á vosotras con más fuertes vínculos que las educandas que hoy vienen y mañana se alejan; al observar el paso firme y seguro con que se adelanta á su encuentro el esposo, llegando hasta el pie del altar, no como profanador atrevido que penetra en ajeno hogar, sino como quien va á recibir de manos de Dios y de sus guardianes en la tierra, una prenda que el cielo le ha destinado, mi pensamiento vuela hasta el templo de Jerusalén y se me figura asistir á una fiesta, que la Iglesia conmemora en este día, y que vosotros, cristianos esposos, habéis querido santificar consagrando vuestra casta unión, á la Virgen sin mancha desposada con el Virgen de Nazaret.

Hace casi doce años que esta Virgen de las Vírgenes, niña aún ternísima, subió por primera vez las quince gradas del Templo, presentada por sus ancianos padres y acogida por el Sumo Sacerdote. ¡Ay! Poco tiempo transcurre, y los piadosos cónyuges vuelven al seno del Creador dejando á su hija adorada sola sobre la tierra. ¿Sola? ¡Ah, no! El Sumo Sacerdote la ha adoptado por hija, y hermanas suyas se declaran las doncellas hebreas que moran en el sagrado asilo. Éstas se suceden unas á otras periódicamente. Poco tiempo habitan en aquel cercado huerto en que florecen santos lirios de pureza; pero María, la azucena escogida de aquel jardín amenísimo, allí permanece inmóvil y parece haber echado profundas raíces que nadie será capaz de arrancar. ¡Oh,

cómo crece en virtud aquella alma llena de gracia, á medida que crece aquel cuerpo esbelto y hermoso, destinado á suministrar al Verbo Increado la carne mortal de que ha de revestirse! ¡Cómo se purifica más y más aquel corazón siempre puro! ¡Cómo aumenta la piedad de esa niña con la continua oración, lectura de los libros santos y meditación! ¡Cómo adelanta la industriosa educanda en las labores á que asiduamente se dedica!

Pero llega la hora señalada por la Providencia. Va á ser entregada por esposa á aquel varón justo destinado á ser el custodio del Hombre-Dios. Al Templo viene éste á buscarla, á los sacerdotes la pide: la hermosa huérfana no tiene ya otros padres ni otra familia. Ved cómo florece milagrosamente su vara, señal de que él es el escogido para poseer el más precioso tesoro que hayan visto los siglos, mientras que áridas y secas permanecen las de sus menos dichosos competidores.

Ha llegado el instante solemne. Ved á las doce hijas de Jerusalén que sobre el cándido velo de María, colocan la corona nupcial. Ved cómo ponen otra corona sobre la cabeza de José. Ya su pariente más cercano llena de vino la mística copa. Escuchad las palabras que en tono solemne les dice: "Bendito seáis, Señor, exclama, que creasteis al hombre y á la mujer y ordenasteis el matrimonio." Ved cómo beben de la copa los santos esposos. Escuchad las nuevas bendiciones que los sacerdotes imploran para los desposados.

Pero ¿qué haces, oh José? ¿Por qué después de haber bebido de nuevo, arrojas con tal ímpetu la frágil copa, que se hace pedazos sobre el pavimento? Así lo prescribe el rito para indicaros cuán frágiles son también los

goces humanos, y con qué facilidad la alegría de estos instantes puede trocarse en amargura sin fin.

No sucederá así contigo, afortunado patriarca. Feliz eres no sólo porque la Virgen sin mancha se une á tí con lazo indisoluble, sino porque esta Virgen se ha preparado á las bodas con largos años de retiro á la sombra del augusto Templo.

Con razón en los siglos de fe acostumbraron las familias cristianas educar de igual manera á sus hijas, y hacerlas pasar, sin intermedio, del convento al altar. El mundo puede condenar esta práctica; pero ¿qué garantía mejor para el esposo que este apartamiento de todos los peligros? ¿Qué tesoro mayor que un corazón puro y sin mancha, que una esposa que se presenta á su esposo ataviada aún con el cándido ropaje bautismal?

Tal suerte te ha cabido, joven venturoso. Ni á teatros ni á saraos has tenido que ocurrir para ganar el afecto de la virgen que va á unirse á tí en santa coyunda. No á través de las ventanas has tenido que requerirla de amores. Como José allá en Jerusalén, como los esposos de los siglos cristianos, á su retiro has venido á buscarla, y á sus guardianes la has pedido en el mismo santuario. Un corazón puro te entrego: una mano inmaculada pongo en la tuya. Aprende á estimar el tesoro de que te damos posesión, y que nada pierda en tu poder de su altísimo brillo.



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE MONTERREY

LA TARDE DEL 11 DE OCTUBRE DE 1885.